

fué presa de las llamas atizadas por los soldados de Tétrico. Volvió á florecer en tiempo de la tetrarquía, y Constancio Cloro le dió una prueba de lo mucho en que la tenía enviando para dirigirla al retórico Eumeno.

Era Eumeno un gran señor de la Galia y el hijo más preclaro de Autún. No era un galo puro, pues corría sangre griega por sus venas. Descendía de Atenas su familia. Su abuelo fué á Roma para enseñar retórica. Después aceptó una cátedra en las escuelas Menianas, atraído por la nombradía de la Universidad de Autún y por las ventajas que aseguraba á los profesores. A los ochenta años aún enseñaba. Su nieto heredó su talento y siguió al principio igual carrera. Nació en Autún, enseñó con gran éxito. Este fué el que le decidió á cambiar de rumbo. Convencido de su talento, Constancio Cloro le nombró su «maestro de memoria» (*magister memoriae*). Así se denominaba una especie de secretario de Estado que redactaba los documentos que emanaban de la cancillería imperial. No había en la jerarquía administrativa muchas funciones más altas. Volver desde tal puesto al de profesor era bajar de categoría. Pero el emperador no quiso que pudiera creerse que le repudiaba. No contento con dar un gran sueldo á Eumeno, se lo dobló, y para fijar mejor sus intenciones le escribió esta carta, invitándole á que la leyera en público al tomar posesión de su cargo:

«Nuestros galos cuyos hijos reciben instrucción en Autún, y estos mismos jóvenes que tan alegremente nos escoltaron, merecen que se cuide de cultivar sus naturales dotes. ¿Qué mejor que ofrecerles la cultura del espíritu, fortuna que nada ni nadie les puede arrebatar? Por ello hemos resuelto nombraros para esta escuela, que la muerte ha privado de su jefe, á vos, cuya elocuencia y alta probidad en los negocios conocemos. Desearnos, pues, que sin perder nada de las ventajas de vuestro rango ocupéis de nuevo la cátedra de retórica de dicha ciudad, á la que queremos, como sabéis, devolver su antiguo esplendor. Así formaréis la inteligencia de los jóvenes y les inspiraréis el anhelo de alcanzar una existencia superior. Una profesión honrosa enaltece la reputación de un hombre, no la empaña ni amengua. Queremos que recibáis una suma de 600.000 sextercios (150.000 francos) de la caja de la ciudad, para que comprendáis que nuestra clemencia os trata según vuestros méritos. Adiós, muy querido Eumeno (1).»

Eumeno fué bastante generoso para consagrar á la restauración de los edificios la totalidad de sus crecidos honorarios. Pero tantos esfuerzos sólo resultaron á medias. Ni la escuela ni la ciudad debían volver á ver los días esplendorosos de otras épocas.

No es que las escuelas gálicas estuviesen en decadencia. Nunca estuvieron tan vivas como en este siglo IV, que fué para la Galia como una especie de resurrección. Nunca como entonces las favoreció el gobierno, y en cuanto á los municipios, si hubo por su parte alguna negligencia, como lo patentiza el edicto de Graciano, no aparece en ninguna ciudad de nuestro país. Lo que ocurría era que la corriente se había desviado en distinta dirección.

Como la actividad política, se trasladó más al Norte. En tiempo de Marco Aurelio (161-180) nos habla ya

(1) *Eumenii oratio pro restaurandis scholis*, 14.

Frontón de Reims como de una nueva Atenas. Pero Tréveris fué, sobre todas, la que anhelaba convertirse en un centro de cultura intelectual. Los emperadores instalados en esta nueva capital la quisieron grande y renombrada. Procuraron llevar á ella á los profesores más ilustres, dándoles un sueldo más crecido que á sus colegas. Tréveris no fué nunca, sin embargo, sino un centro intelectual muy secundario. En aquella frontera la vida era demasiado agitada, la barbarie demasiado amenazadora, y estaba hartó cercana para que se pudieran las gentes entregar con tranquilidad al estudio. Este halló un ambiente más favorable, un asilo más seguro en el extremo opuesto de la Galia.

Estaba en magnífica situación Aquitania. Sufrió como los demás países las calamidades del siglo precedente; pero ahora gozaba de una paz profunda. Por la fertilidad de su suelo, por la riqueza inviolada de sus campiñas, parecía destinada á ser el último refugio de las buenas letras. Los talentos de sus habitantes contribuyeron á ello. La reputación de sus retóricos era universal. Envió á Oriente y colocó á algunos, como preceptores, en el palacio imperial. San Jerónimo habla de ellos en su crónica, y Symmaco, el más ilustre de los oradores latinos de aquel siglo, nos dice en pomposos elogios cuánto debe á sus lecciones (2).

Tolosa, Angulema, Poitiers, Auch, Narbona, que en tal sentido se consideraban como aquitanas, tuvieron famosas escuelas; pero todas quedaron eclipsadas por la de Burdeos, la más brillante y la mejor conocida á la vez, gracias á Ausonio, que fué uno de sus discípulos y después uno de sus profesores más distinguidos. Llegado al término de su carrera, recordó con amor y gratitud á los que fueron sus maestros y colegas y les consagró una serie de noticias, de retratos en verso, que mejor que toda otra descripción nos hace conocer lo que eran una universidad, un *auditorio*, en aquella época y en aquella parte del mundo romano.

Lo que extraña es el puesto que los profesores ocupaban en la sociedad. La mayoría eran ricos, con riqueza que generalmente no era hereditaria, sino adquirida en el ejercicio de su profesión, no tanto por su sueldo fijo, que podía sobrepasar el mínimo garantido (3), como por las rentas que le completaban, por las liberalidades de las familias y por los derechos de inscripción de los alumnos, que aumentaban en razón directa de la fama del profesor. No se olvide que estaban exentos de todos los impuestos que tan duramente gravaban las fortunas particulares. A la fortuna se unía la consideración. Algunos hacia los cuales se llamaba la atención del emperador, ascendían á los más altos cargos del Estado. Miembros de la curia, decuriones y magistrados eran los primeros en la administración imperial. Nepotiano de Burdeos, Exuperio de Tolosa, fueron gobernadores de provincia. Ausonio, preceptor en 369 del hijo de Valentiniano, Graciano, recibió el título de conde. En 376 fué nombrado prefecto del pretorio en Africa é Italia. En 378 ocupó igual puesto en

(2) *Epist.*, IX, 88.

(3) Veinticuatro annones para los retóricos y doce para los gramáticos (exceptuando Tréveris), según el edicto de Graciano. El annón se calcula en cinco sueldos de oro = 75 francos de nuestra moneda, lo que da 1800 francos para los primeros. Era poco si no hubiesen tenido más rentas.

la Galia. En 379 llegó al consulado, que no era sino un cargo honorífico, pero el más envidiado. Hemos visto la carrera de Eumeno y la fortuna extraordinaria de Eugenio, del que Arbogaste hizo un emperador (1).

Los estudiantes eran numerosos. Tenían sus corporaciones, sus banderas, sus reuniones regocijadas y bulliciosas. Aun cuando Alejandro Severo imaginó las becas, la mayoría pertenecían á la burguesía y á la nobleza. Las clases superiores, no queriendo entrar en el comercio ni en el ejército, que cada vez más se convertía en propiedad de los bárbaros, se lanzaban con ardor á la carrera administrativa, única abierta á su ambición y de la que los gobiernos multiplicaban las plazas. Los estudios liberales eran los que abrían sus puertas. Una gran cultura intelectual no era sólo un adorno para la gente bien nacida, sino que era el mejor de los títulos para hacer carrera. Un abogado de hacienda, un secretario de cancillería, un prefecto del pretorio debían ser ante todo unos literatos. Si los emperadores se preocupaban tanto de la prosperidad de las escuelas, si fiscalizaban tan rigurosamente la conducta y aplicación de los estudiantes, no era en balde; era porque aquella juventud debía ser el vivero de sus empleados. Ninguna sociedad ha amado ni protegido tanto á los literatos. Lo que puede reprochársele es haber llevado hasta la superstición tal culto.

Veamos ahora el vicio de esta educación tan brillante y admirada. Merece nuestra atención por más de un concepto. Traduce á su manera y explica en cierto modo la debilidad de aquel mundo en su ocaso, y por otra parte, por qué no muere por entero con él, sino que le sobrevive por ciertos caracteres en las escuelas de la Edad media y se perpetúa hasta las actuales.

Escuelas como las de Burdeos y Autún no eran universidades como las de hoy día. Comprendían la enseñanza secundaria y la superior, la gramática y la retórica. Aún subsiste tal división en nuestros colegios. La gramática no significaba la acepción estricta de la palabra. Comprendía dos partes, según Quintiliano: el arte de hablar correctamente y la explicación de los autores. Estos eran latinos y griegos, y casi siempre se empezaba por los últimos. Homero y Menandro eran los preferidos. Los niños latinos no gustaban á veces de ellos. Ausonio se acusa de haberles puesto mala cara en su infancia. Pero el griego tenía puesto de honor. Representaba lo más delicado y elevado de esta gloriosa civilización, amenazada y acometida por el Cristianismo. Los únicos profesores extranjeros de la Galia eran griegos. El abuelo de Eumeno lo era. Los autores latinos más en boga eran, en primer lugar, Virgilio, el más popular de los poetas, casi un dios, como lo fué algunos siglos más tarde; á lo lejos le seguían Horacio y Terencio. Los prosistas eran menos estimados y se dejaba sentir la falta de su influencia. Pero el mal más grave era la falta de nociones positivas, metódicamente presentadas. Sin duda que la explicación de los autores no era puramente verbal. Entrañaba un comentario variado, geográfico, histórico, hasta científico. Pero tales conocimientos no intervenían sino á propósito de los textos. No formaban un conjunto ordenado, no incitaban á investigar. La erudición consistía

(1) Libro IV, capítulo IV.

en aprenderse las obras de Varrón. Es la exégesis estéril, la devoción al libro y á la letra, que continuará pesando sobre el mundo en la edad de la escolástica.

Iguals lagunas se observan en los estudios superiores. Pasma la exigüidad de los programas. Nada de ciencias: las ahogaban los progresos del misticismo, y por otra parte los romanos no las estimaron nunca más que por sus aplicaciones prácticas. Nada de filosofía: fué siempre rechazada como inútil palabrería y dejada para la escuela de Atenas. El mismo derecho, la creación y el legado más duraderos de Roma, no tenía profesores sino en las dos capitales y en la escuela de Beryte (Beyrouth). Quedaba la retórica: el texto que comentar y el tema que desarrollar: todo terminaba ahí. La elocuencia, después de haber sido el arte viril de la antigüedad, era como una diversión frívola y vana. Había representado tan gran papel que parecía que no se la pudiera arrinconar. Pero se reducía á ejercicios sin consistencia en que se ocultaba bajo la elegancia de la frase la vacuidad de ideas. Esta disciplina, á que no hemos renunciado por completo, podía tener su utilidad. Afinaba y daba ductilidad á la inteligencia. Pero practicada como un fin y no como un medio, aislada de todo estudio serio, era estéril y peligrosa. Acostumbraba á los jóvenes á fijarse antes en las palabras que en las cosas, á cuidar menos del fondo que de la forma; empobrecía y amodorraba las inteligencias, y cuando se advierten sus efectos en las obras más admiradas de aquel tiempo, en los discursos de Himerio, en los panegíricos de Eumeno, en casi todas las poesías de Ausonio, cuando se ve hasta qué punto todo esto está desprovisto de meollo y de pensamiento, no será atrevido achacar á tal enseñanza gran parte de culpa en la decadencia general y en la ruina del Imperio.

II.—La literatura (2)

Precisa retroceder á días más prósperos para tomar en su punto de partida la historia de la literatura en la Galia. La latina se hallaba en su apogeo cuando nuestros padres le suministraron su contingente. Se anticipó á todas las regiones la Narbonense, que desde un principio intervino en la vida intelectual de Roma, lo

(2) FUENTES.—No mencionamos más que los autores que no pertenecen á la literatura cristiana. *XII Panegyrici latini*, edición Baehrens, 1874. Ausonio, edición Schenkl, 1883. Rutilio Namaciano, edición Zumpt, 1840, y Baehrens, *Poetae latini minores*, tomo V, 1883.

OBRAS DE CONSULTA.—Teuffel, *Geschichte der römischen Literatur*, 5.^a edición, 1890 (traducción francesa de Bonnart y Pierson, 1879). *Histoire littéraire de la France par des religieux bénédictins de la Congregation de Saint-Maur*, I y II, 1733-1735. Ampère, *Histoire littéraire de la France avant le XII^e siècle*, I y II, 1839. Amedée Thierry, *Tableau de l'Empire romain*, 1868, págs. 203 y sigs. *La littérature profane en Gaule au IV^e siècle*, «Revue des Deux Mondes», 1873. Ebert, *Histoire générale de la littérature du Moyen Age en Occident*, traducción del alemán por Aymeric y Condamin, I, 1883. Brandt, *Eumenius von Augustodunum*, 1882. Seeck, *Studien sur Geschichte Diocletians und Constantins. Die Reden des Eumenius. Jahrbücher für classische Philologie*, 1880. Boissier, *Les rheteurs gaulois au IV^e siècle*, «Journal des Savants», 1884. *La fin du paganisme*, II, 2.^a edición, 1894, páginas 49 y siguientes. Jullian, *Ausone et son temps*, «Revue historique», 1891 y 1892. Puech, *De Paulini Nolani Ausoniique epistolarum commercio*, París, 1887.